

## XIX

Tres actos preceden á la muerte de Cristo y á la soledad terrible de María: el bautismo en las orillas del Jordán, su apartamiento y sus tentaciones en el desierto, su predicación. En los dos primeros actos no aparece nunca María; en el tercero apenas aparece. Aunque Juan Bautista era hijo de Isabel, y Zacarías pariente cercano de Jesús, no le acompaña en su infancia, no. A la hora de avistarse María é Isabel, hora llamada por el Evangelio de la Visitación entre aquellas dos parientes, entona Zacarías el cántico suyo, que aun oímos bajo las bóvedas de nuestras iglesias, entona la Virgen el *Magnificat*, Juan habla en el vientre de su madre; mas no vuelven á verse todos reunidos en el mundo. Las tradiciones piadosas, los Evangelios apócrifos, hablan de que José y María visitaron á sus parientes en su viaje á Egipto; pero no confirman tal aserción los Evangelios canónicos. Juan, como su primo Jesús, tuvo altas y verdaderas vocaciones de apóstol y de Redentor. En cuanto la juventud le movió á vivir por sí, huyóse al desierto, como aquellos esenios que habitaban lejos de las gentes. Pobreza y castidad sistemáticas entraron á una en sus propósitos y en sus votos. Descalzo, descubier-

to, desceñido de todo lienzo, sin más apoyo que su báculo, sin más vestimenta que su piel de camello ceñida por un apretado cingulo á los riñones, Juan huía del doble absolutismo de los Césares romanos y de los Herodes idumeos, hasta el punto de que, no queriendo vivir en una sociedad esclava, se decidió á dejar de vivir en toda sociedad, y opuso á la coyunda vil de los hombres un refugio buscado á su libertad en brazos de la naturaleza. El credo de los esenios contaba entre sus ritos, como cosa principalísima, las indispensables abluciones, y pedía con exigencias imperiosísimas á los iniciados é inscritos el bautismo. Por consecuencia, el Bautista, nombre que significa en su acepción más común, quien se baña en el amanecer, bautizaba con amor á las gentes y sustituía este rito de iniciación á las viejas circuncisiones judías. Jesús, que iba, como hemos visto, al templo; que iba, después del templo, á las escuelas; que disputaba con los doctores de la mosaica ley; que reunía en torno suyo todas las gentes, debió ir al desierto, donde Juan habitaba, y pedirle aquella iniciación misteriosa en su doctrina que se lograba por medio de un símbolo espiritual y de un bautizo en las aguas. Juan se nos aparece como un tribuno en los Evangelios. Cuando escucháis aquellas oraciones tan excelsas de sus labios, creéis escuchar un dis-

curso de los reformadores modernos. Alimentado de langostas y mieles recogidas entre las piedras del camino y los troncos de las hayas; adscrito á pensar en la reforma de aquella sociedad y en el bien de aquellas gentes; bajo los reyes reivindicaba la nativa libertad del hombre; bajo el sacerdocio material y oficial aquellos principios de moralidad que salvan y limpian toda vida; bajo la dominación romana el celo por su tierra y por su tribu; entre los ricos fenicios de las antiguas ciudades mercantiles el reparto de bienes y el tributo de limosna como un derecho de los pobres exigible al poderoso; entre los publicanos la sobriedad y entre los ejércitos la paciencia y la paz. Así Juan ha dado su nombre á los que llamamos todavía Bautistas, á los que preparan, á los que aperciben, á los que anuncian, á los que presienten, á los que profetizan, á los que abren las vías como cauces de las nuevas ideas y señalan la renovación en los tiempos y ven por sublimes anticipaciones los Mesías, antes, mucho antes, de que vengan y lleguen. Por eso, cuando las muchedumbres corrían en torno suyo; y necesitadas para sus males de una redención, le creían y le tomaban como Redentor, disuadías Juan, asegurándoles que quien debía venir vendría necesariamente, apareciendo tan puro, tan elevado, tan sublime, que no podría él, no, desatar

la correa de sus sandalias. Y vino, pues, llegó á pedirle su bautizo Jesús. Entonces Juan vertió sobre su cabeza las aguas purificadoras; y la tierra palpité de gozo; y se abrió el cielo altísimo; y se oyeron sobrenaturales voces; y el espíritu divino, tomando la forma de cándida paloma, batió sus alas á una sobre la frente del Salvador; y reconoció todo el mundo como Hijo de Dios al Hijo del hombre. Mas hallándose la castidad entre los principios de San Juan Bautista, y habiendo Antipas, hijo del tirano Herodes, puesto fragorosísimo escándalo en Palestina con mujer merecedora del nombre de incestuosa, se revolvió contra tamañas maldades, y el tirano, herido, lo encarceló y lo degolló en desahogo de su cólera y para satisfacción de sus venganzas. Tal aparece la historia de San Juan Bautista, según los relatos evangélicos; y tal se ha cuajado, cristalizándose con brillantísimas facetas, en los templos, en los libros, en los cuadros innumerables, en los viejos dogmas canónicos. Pero á muchas almas piadosas no les basta y satisface todo esto; quieren más, siquier no haya necesidad para sostener la ingenuidad completa en la fe cristiana de añadiduras é interpolaciones baldías. Los libros piadosos dicen que, así como Juan bautizó á Jesús, éste bautizó á María. No sabemos en qué fuente hayan bebido tal especie. Leed las cuatro histo-

rias, consagradas por el viejo dogma, y no encontraréis afirmación semejante. Digo más, yo no recuerdo tradición piadosa ninguna, libro de rezo, cuadro de liturgia, bajorelieve de Iglesia que semejante cosa recuerde y diga. María estuvo harto santificada por llevar al Verbo en sus entrañas para que necesitase de la iniciación del Bautista. No existe, no, testimonio ninguno que certifique aseveración tan maña. Nuestras aseveraciones quedan por los Evangelios confirmadas; María no acompañó á Cristo en su bautizo, no le acompañó en su desierto y le acompañó muy poco en su predicación.

San Juan Bautista nos enseña cómo el mesianismo estaba en la médula de todos los huesos judíos y en el pensamiento de todos los espíritus. Aquellos esclavos aguardaban salir del cautiverio de Roma, como había salido Moisés del cautiverio de Egipto, y como habían salido sus padres en tiempos más próximos del cautiverio de Babilonia. Esta impaciencia por su libertad había forjado la idea de su redención, y esta idea de redención le había traído reversiones continuas hacia el profetismo y hacia los profetas. Éstos, guías del pueblo, dividiéronse de antiguo en lo que hoy llamamos hombres de pensamiento y hombres de acción. El profeta de pensamiento se llamaba Elías, refugiado en el Carmelo, y desde allí, tronando como nube tempestuosa y

mugiendo como las cataratas en las inundaciones y en los diluvios. El profeta de pensamiento se llamaba Isaías, que agotara la sublime lírica de las esperanzas y de las promesas, ó Jeremías, que agotara la sublime lírica de los dolores y de los lamentos. Por cualquier modo, exigíase para un profeta un desierto. En los arenales creció Abraham, en los arenales creció Moisés, en los arenales creció Mahoma. El profetismo se relaciona con la soledad. Más propenso á la política San Juan Bautista que Jesús, mucho menos tolerante al cabo con aquellos reyes y aquellos gobernadores impuestos á Judá por la implacable Roma, lanza rayos á las diademas regias, que debían, rebotando en ellas, herir la espaciosa frente del revelador y profeta. Le rodea la soledad por todas partes, aquel Jordán parecido á un río del infierno según lo amarillento y triste, aquel mar plúmbeo á cuyas aguas casi sólidas llamaban los hebreos muertas, aquel páramo inmenso de la Judea triste y solitaria; pero su palabra penetró en el palacio de los reyes y conmovió las entrañas de los tiranos, en términos de creerlo el pueblo su Mesías Redentor y de inmolarlo sin piedad los reyes. Aunque había ido Cristo al sitio que ocupaba Juan, aunque recibiera de sus manos el bautismo humildemente, aunque llevárale discípulos propios á la comunión esenia que disputaban de con-

tinuo con los discípulos y sectarios del Bautista, lo cierto es que, al verse perseguido éste, no arrastró en su persecución al Salvador, quien, más ignorado quizá por los mismos á quienes debía herir, se puso en cobro, salvado por su oscuridad y por su modestia. Entonces, viendo cuántas cosas mostrara el desierto al Bautista, en el desierto recluyó su persona, confiándole sus pensamientos y bebiéndole sus revelaciones, cual todos los altos y sublimes profetas asiáticos. Imaginaos la inmensa extensión del cielo relacionándose con la inmensa extensión del arenal; aquellos profundos abismos de soledad y de silencio, donde solamente de vez en cuando resonaban aullidos de fieras; imagináoslo con los recuerdos múltiples de tantos profetas como han pasado por aquellos senos inmensos, con el centelleo de las estrellas que parecen despedir pensamientos, y decidme cómo se alzaría un alma, idealista de suyo, á la más abstracta idealidad. Inútilmente quiso el diablo tentarlo con la oferta de reinos inacabables y de tronos indestructibles; aquella su alma purísima, rompiendo todas las ligaduras, alzóse á la concepción de un reino de Dios, por el cual todavía hoy suspiramos, y en el cual todavía hoy creemos. Cristo no vino de manera ninguna con ánimo resuelto á disputarle su dominación material á los Césares como Catón y Bruto; Cristo

se propuso, desde los comienzos de aquella su vida espiritual, realizar una república de las almas, en cuyos amorosísimos senos todos los hombres fueran iguales y hermanos. Por eso, al ofrecerle Satanás un reino limitado, bien supo lo que realmente le ofrecía, y bien supo, como saben todas estas cosas los genios de la reacción y del mal, que nada podía perder á Jesús cual una dominación tangible y positiva, cuando el cumplimiento de su fin y el mérito de su obra se hallaba en reservarse por completo la dominación sobre los espíritus. Así nosotros nos figuramos como la noche más crítica del cristianismo aquella noche suprema en la cual Cristo vió desde lo alto de una montaña los reinos y los dominios mundanales á sus plantas. El diablo le representaría en las reverberaciones de aquel cielo azul y en los espejismos de aquel desierto caldeado las antiguas coronas de los Nabucodnosores y de los Baltasares; aquellos coros de mudas y frías esfinges, con sus diademas en las cabezas misteriosas; aquellos obeliscos donde las manos de los siervos entallan en el duro pórfido los nombres sobrenaturales de las dinastías eternas; aquellos palacios en cuyas puertas duermen ejércitos y en cuyos salones se ocultan harenes henchidos de gozes; los esclavos, en guisa de cariátides, ofreciendo las amaratadas espaldas, como bases de tantas

moles, y los colegios de sacerdotes elevando la persona y el nombre de los reyes á las alturas donde se hallan los dioses y ciñéndoles coronas de luminosísimas estrellas; en una palabra, todo cuanto la reacción hacia el cesarismo, la reacción hacia el paganismo, la reacción hacia la materia, la reacción hacia la fuerza, la reacción hacia la esclavitud, podía ofrecer al joven y santo Redentor venido para destruir y soterrar todos esos monstruos.

## XX

Durante la predicación de Jesús le acompaña muy poco María. Leed los Evangelios, y apenas encontraréis junto al Salvador su divina Madre. Las bodas gozosísimas de Caná; la interrupción de las arengas pronunciadas por Cristo en la hora de fundar su apostolado; el célebre monte, que se denominaba de los *Temblores* á causa del terror sentido por María cuando los fariseos trataron de arrojar y despeñar al hijo de sus entrañas; estos y otros pocos recuerdos van unidos en la historia evangélica de Jesús al nombre de su madre. Pero María, digan cuanto quieran los escritores ortodoxos, más píos que críticos, María no asiste al bautizo de Jesús en el Jordán, y mucho menos asiste á la transformación maravillosa en el Tabor. Esta montaña,

que se desprende un poco de las cordilleras galileas, en su forma de aislado cono parece como un pedestal dispuesto á la transfiguración. Nada tan hermoso como un monte meridional. Aunque áridos, el rebote de los resplandores diurnos en sus aristas y el aroma de las plantas leñosas y secas en sus faldas, ofrecen á los ojos y á los olfatos embriagueces de aromas y de luz. La mezcla del haya con la encina, de los algarrobos con los robles, del suave lentisco y olorosísima salvia con el tomillo y el cantueso, de la flor del romero con la flor del mardoño, dan al aire una especie de voluptuosidad que se comunica fácilmente á la sangre, y de la sangre se precipita en el corazón, y del corazón asciende á la cabeza y á la mente, sugiriéndoos plástica poesía. El Tabor pertenece á las montañas calizas, y á pesar de su carácter y de sus orígenes, relativamente modernos, reviste la forma de un viejo volcán extinto. En este cráter, donde la resplandeciente luz asiática rebota con fulgores indecibles, el Salvador se transfiguró, presentando á sus discípulos, en una especie de transporte divino, todo el aspecto sobrenatural del sér sobrehumano suyo. No puede, no, hablarse de todo esto sin recordar el cuadro magnífico de aquel pintor, quien, á manera de lo que Fidias hizo con el paganismo, hale dado á la historia una religión cristiana de